

LA BELLEZA CINCELADA

Sobre la arquitectura de Javier Carvajal

PUBLICADO EN

El País. Madrid 20 abril 1991

Arquitectos 120. Madrid, 1991

J. Carvajal, arquitecto. Fundación COAM. Madrid, 1996

La Idea Construida. Ed. COAM. Madrid, 1996

Textos Críticos. Ediciones Asimétricas. Madrid, 2017

LA BELLEZA CINCELADA

Sobre la arquitectura de Javier Carvajal

Si el modelo de Belleza perseguido por Alejandro de la Sota venía representado, en boca de Coderch, por la calva cabeza de Nefertiti, y la desmelenada cabeza de Medusa sería certero resumen de la de Sáenz de Oíza, para Javier Carvajal deberíamos buscar una pulcra y serena cabeza de César: plenitud de forma cincelada. Arquitectura que modela el aire con un a perfección pluscuamperfecta.

Entre el sencillo silencio de Sota y el desgarrado grito de Oíza, la música extremada de Carvajal. Y es que, como él gusta de repetir citando a Niels Bohr: "A una verdad puede oponerse otra verdad", y en verdad que muy diferentes son los modos con que entienden la Arquitectura estos tres arquitectos españoles.

La Arquitectura de Javier Carvajal, su trayectoria, su vida, ha sido muy brillante, fulgurante, desde los comienzos. Tanto que en las oposiciones en que ganó su Cátedra de Proyectos en la Escuela T.S. de Arquitectura de Madrid, Oíza se retiró porque se presentaba "el joven y brillante Carvajal". Recién terminada su carrera gana por concurso el edificio de la hoy Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona, que construye a su vuelta de Roma, donde va pensionado a la Academia española. Peter Eisenman, en una visita a la Ciudad Condal hace poco tiempo, no se recataba en sus elogios ante esta obra. En 1963 vence a todos los mejores arquitectos que se presentaban al concurso para el pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Y lo construye. Y los arquitectos americanos se le rinden concediéndole los máximos galardones, tentando a Carvajal a emprender la aventura americana, a la que renuncia para volver a trabajar a España. Y a los pocos años, en 1968, los arquitectos alemanes le otorgan el "Fritz Schumacher" de la Universidad T. de Hannover a la mejor obra de Arquitectura construida aquel año, por las casas de Somosaguas. Y en 1971, tras unas tumultuosas elecciones, llega a ser Decano del Colegio O. de Arquitectos de Madrid. Y luego, Director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona y de la de Las Palmas.

En resumen: todos los premios, todos los cargos y los encargos, todas las publicaciones, todos los reconocimientos. Pero esto, ya se sabe, en nuestro país es más que peligroso imperdonable. Y de repente, se hizo un largo silencio que, afortunadamente, ya ha terminado. El, positivamente lo describe como de exilio interior. Y en este tiempo, su callada dedicación a la enseñanza.

La actual exposición en el Círculo de Bellas Artes es, debería serlo, el comienzo de una vuelta al reconocimiento de su figura. Se muestran en ella los momentos creadores más sobresalientes de Carvajal ordenados en tres claros períodos:

Un primer período, desde el comienzo hasta el pabellón de Nueva York. De estos años es la casa azul de cañones de la madrileña plaza de Cristo Rey (1954), que no sólo resiste sino que gana con el paso del tiempo. El pabellón de España en la Trienal de Arte de Milán en 1957 donde por atreverse, se atreve a envolver las piezas de los artistas en una prodigiosa tela metálica. Y encima le conceden la medalla de oro de la Trienal.

La iglesia de Vitoria, donde materializa el espiritual gesto del juntar las manos, logrando un espacio que hoy todavía nos sorprende. Y la tienda de Loewe en Serrano, cuya inútil destrucción aún está caliente, que fue recogida por Haig Beck en aquel mítico número del International Architect dedicado a Madrid, donde también aparecía su edificio para la Adriática en la plaza de Castelar.

En el segundo período, con el peso de la púrpura conseguida en Nueva York, las casas de Somosaguas que ya son historia de la arquitectura contemporánea española. También de 1966 son los apartamentos de la calle Montesquiza. Y el conjunto de viviendas y oficinas de León, prólogo de lo que luego en 1968 sería la Torre de Valencia. Y todavía en 1974, poco antes de la Adriática, el impecable Banco Industrial de León de la calle Serrano.

Y en el tercer período, según establece esta exposición, poco pero también bueno: las casas de Pozuelo y de la Moraleja. La casi comenzada embajada de España en Varsovia. Y sobre todo, el hotel de Sevilla, en el que sobre un orgánico basamento concebido en hormigones rotundos, emergen con fuerza unos poderosos cilindros blancos.

¿Cómo podríamos definir a estas alturas la arquitectura de Javier Carvajal? En un artículo sobre su obra, se proponían unos equilibrados tantos por ciento de los diversos "ismos" que la componían. Yo me atrevo a proponer para Carvajal, que su arquitectura es cien por cien... de Carvajal. Tan clara y reconocible que incluso se ha producido eso que tan poco o nada le gusta: ser copiado por los que quieren ser más papistas que el Papa.

Tiene Javier Carvajal esa pasmosa habilidad para articular espacios, para engarzarlos, como los arquitectos de la Alhambra, que él tanto admira, supieron hacerlo. Plantas, alzados y secciones se concatenan con tal fluidez, que la respuesta al juego planteado por el arquitecto parece a nuestra vista como lo más natural del mundo. Traduciéndose en unas formas de enorme fuerza. Pero, no es la forma por la forma, sino forma en la que certeramente convergen los condicionantes y los requisitos que demanda el hecho arquitectónico.

Con símil torero, diría que Carvajal sabe torear fetén. Encadenando verónicas hace volar al astado. Y luego, sin solución de continuidad, con elegantes muletazos, le hace dar al toro la promenade architecturale que aconsejaba Le Corbusier a quien tanto él considera. Ciñéndose al toro, pero sin tocarlo, ni dejándose tocar por él. Toreo del fino. Y arranca así el aplauso cerrado. Como la larguísima y cerradísima ovación que le dieron en la Escuela de Arquitectura de Madrid, cuando en su salón de actos repleto hasta la bandera, se cortó la coleta al final de este frío invierno de 1991, porque así lo mandan los cánones jubilarios de la inadecuada ley vigente. Pero las leyes cambian, las coletas crecen, y los toreros siempre vuelven a la plaza.

La exposición del Círculo de Bellas Artes, en colaboración con el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, viene por fin, en buena hora, a descorrer el velo que ha ocultado temporalmente la figura de un maestro de la arquitectura española contemporánea. E

intenta esta muestra, una vez más, encajar las piezas del complicado rompecabezas, siempre inacabado, de la reciente historia de esa arquitectura española. Y en ella es pieza clave la figura de Javier Carvajal. Como exclamaron el pasado curso mis alumnos de la Escuela de Arquitectura de Zurich, cuando Carvajal expuso allí su obra y realizó unas inolvidables sesiones críticas: "Este es un verdadero arquitecto".